

7.  
Lenguajes, n. 1, "Presentación: Medios masivos y política cultural. Teorías. Estrategias. Tácticas", abril 1974.

## Presentación

Medios masivos y política cultural:  
Teoría, estrategia, tácticas

Lenguajes, comunicación de masas, mensaje, código, escritura, discurso: términos de moda un poco en todas partes y por lo tanto también en la Argentina: términos que circulan, a veces asociados a otros, para configurar al parecer una cierta problemática: ideología, lucha ideológica, política cultural. Como es sabido, las palabras no son nunca inocentes, ante todo por el simple hecho de que su circulación manifiesta un proceso de mercado. Su distribución y consumo configuran los caminos de un mecanismo de intercambio, y nadie podrá decir que una mercancía es inocente. Esta revista se aventura entonces en un camino peligroso, doblemente peligroso en un país donde la producción de palabras es con mucha frecuencia una simple reproducción: la mayoría de esas palabras han sido trabajadas en los países centrales, que parecieran detentar el privilegio de la verdadera producción del saber y de la ciencia.

El peligro aludido remite pues, en realidad, a una serie de contradicciones. Por un lado, las que caracterizan la situación misma de la dependencia cultural, determinada a su vez por la estructura de la dominación imperialista en América latina. Por otro lado y dentro de ese contexto de la dependencia, las contradicciones que definen la posición de los llamados "intelectuales" y sus relaciones con los procesos de la movilización popular y de la lucha política por la liberación.

El primer rasgo que tal vez permita caracterizar la actitud que no:

conduce a la publicación de lenguajes es nuestra convicción de que la tarea inicial e ineludible consiste en darnos las condiciones para enfrentar dichas contradicciones con la mayor claridad posible. Enfrentar significa aquí ponerlas ante nosotros, tornarlas visibles. Lo primero que hay que decir entonces es que, a nuestro juicio, la práctica de producción de conocimientos (en la que, de un modo u otro estamos insertados en tanto "intelectuales" pequeños burgueses) se define, en un país como el nuestro, por un haz de contradicciones que son reales, objetivas, y como se sabe la realidad no se transforma sólo con buenas intenciones ni tampoco con frases más o menos afortunadas.

En segundo lugar, esas contradicciones no pueden ser enfrentadas "en general". Para que efectivamente aparezcan es necesario reservar un campo específico de operación, y ese campo debe ser trabajado de una manera específica. Si no satisfacemos esta doble condición, no sólo no conseguiremos tornar visibles las contradicciones que nos están determinando, sino que además correremos el riesgo de contribuir, una vez más, a su ocultamiento.

En cuanto al campo específico, es el definido (en forma provisoria y a todas luces insuficiente) por la expresión lenguajes sociales. Nuestro campo de trabajo será pues el de la producción social de la significación, ese campo que la ideología burguesa llama "la cultura". Daremos además una importancia particular a las llamadas "comunicaciones masivas". En cuanto a la modalidad, subrayamos a la vez la necesidad de la inserción en la estrategia de las luchas populares contra la explotación externa e interna, y la necesidad de la producción de teoría, de conocimiento. Ambas necesidades son a nuestro juicio igualmente prioritarias: si soslayamos la primera, nos instalamos automáticamente en el ciclo bien conocido por buena parte de la producción "intelectual" latinoamericana: marginación creciente de la lucha política, orientación creciente hacia los centros internacionales de producción de conocimientos, disociación completa de la realidad nacional. Si desconocemos la segunda, no tenemos más que elegir entre dos caminos también bastante transitados: la mistificación intelectual o el oportunismo político.

Tratemos antes que nada de caracterizar el campo dentro del cual se define nuestra temática. "Sociología de la cultura" o "investigación de las comunicaciones masivas", en tanto expresiones que designan supuestas áreas de trabajo, son un invento que sólo existe en los programas de cursos de las universidades norteamericanas: los fenómenos llamados "culturales" no pueden considerarse como dominios aislados. Si en lugar de utilizar alguna de estas expresiones hablamos de la producción social de la significación, es porque pensamos que la significación (los "lenguajes", los "mensajes", la "comunicación" o como se prefiera) no puede ser separada del funcionamiento de la sociedad en su conjunto y, más específicamente, de la producción social, del modo de pro-

ducción. En otras palabras: la significación es el producto de un trabajo social, resulta de una práctica que opere dentro de la sociedad, del mismo modo en que ésta produce bienes en el plano económico y produce instituciones en el plano político.

El problema es entonces el de determinar cómo debe ser pensado ese vínculo entre los fenómenos "culturales" y los otros aspectos de la sociedad, en particular los procesos de cambio a nivel económico y político. Si estamos interesados en discutir la importancia relativa de los mecanismos "culturales" (y en particular los "lenguajes masivos"), dentro del proceso de la lucha política de la clase obrera, debemos interrogarnos acerca de las maneras en que se puede establecer una relación entre la producción del sentido y la dinámica más amplia generada por la movilización popular. Es aquí donde nos parece ineludible señalar ciertas perspectivas que consideramos ya erróneas, ya insuficientes o parciales.

Estas perspectivas, que pueden manifestarse en muy diversos ámbitos (la crítica periodística, la reflexión científica, el proyecto político) tienen todas en común su naturaleza reduccionista. Conviene precisar a qué llamamos aquí "reduccionismo". El fenómeno de la "cultura", aun cuando se lo especifique en relación con la transmisión masiva a través de los medios de comunicación, se presenta como un todo articulado en una multitud de niveles heterogéneos y contradictorios. Todo reduccionismo resulta simplemente de la reproducción acrítica de esa "presentación", más un intento de síntesis fundado en la jerarquización arbitraria de un nivel en detrimento de los otros.

Ahora bien, cada reduccionismo puede (y suele) pasar por un momento de elaboración teórica, pero al mismo tiempo está lisa y llanamente determinado por una ideología y una política arraigadas en la coyuntura. En otras palabras: aunque cada reduccionismo esté representado por una modalidad particular en el nivel de la llamada "teoría", encuentra su origen inmediato en el qué hacer, en la política cultural.

Un recuento de los reduccionismos (de todos modos no exhaustivo) debe comenzar por una perspectiva privilegiada, que podemos llamar el contenidismo. Este reduccionismo juega la batalla en el plano de los contenidos manifiestos de los mensajes masivos. Es privilegiado, porque constituye la expresión de la coincidencia entre el tipo de análisis más habitual en la crítica axiológica de izquierda y de derecha, por un lado, y las costumbres receptoras interiorizadas en el sector más amplio del público de las comunicaciones masivas, por otro lado. Una crítica política que rastrea los ingredientes reaccionarios de un teletatro de época, por ejemplo, mediante el recuento de las manifestaciones antigubernistas o antilibertarias que incluye en su texto, se acomoda fácilmente a la concepción del teatro latente en el público, el cual se halla ins-

evolución que resulta a su vez de la manipulación sistematizada por la industria cultural.

Pero mucho antes de que el contenidismo se provea de justificaciones teóricas, la lucha política directa ya lo ha producido como la respuesta más inmediata y evidente: si el sistema económico-político de dominación imperialista impone en el plano cultural sus propios contenidos, que no sólo expresan dicho sistema sino que además aseguran y profundizan la dominación, los pueblos en lucha por su liberación deberán, en la medida en que obtengan poder en el plano de la cultura, sustituir los contenidos reaccionarios por sus propios contenidos, que a su vez aseguran y profundizan el proceso revolucionario. Esta regla de oro del contenidismo que, conviene aclararlo, es simétrica de la que se atribuye al sistema capitalista, enfrenta inmediatamente en los hechos una serie de obstáculos y contradicciones.

En primer lugar, en cuanto los contenidos se vuelven más complejos, los criterios para determinar su valor político-cultural se oscurecen, especialmente en cuanto se supera la primera etapa de mera sustitución de los contenidos imperialistas más "escandalosos", y se agotan ciertos productos culturales postergados y reprimidos que funcionan como representativos por antonomasia de una cultura nacional y popular. En segundo lugar, la febril actividad inicial de sustitución se encuentra ante un sistema de géneros ya constituidos, y un nuevo problema emerge. ¿Tiene sentido reemplazar los contenidos alienantes de un teleteatro, o es el teleteatro mismo el que debe suprimirse? ¿Es posible sanear los contenidos del género informativo? ¿No será necesario modificar sustancialmente su estructura, impuesta por el área imperialista? En tercer lugar, el contenidismo suele quedar perplejo ante cierto tipo de contenidos cuyo "valor humano" general resulta incontestable (educación, salud, ciencia, etc.) Entonces, falto de todo criterio y apresado en su propio reduccionismo, suele reproducir la política cultural que al respecto instrumentan organismos como la UNESCO, sus filiales y adláteres. Por último, una contradicción más profunda carcome a toda esta línea de acción, en la medida en que ésta repite inevitablemente la clave sobre la que se apoya su propio enemigo: una concepción de la cultura como consumo. Alimentos venenosos, alimentos nutritivos. El contenidismo no puede profundizar su acción ni acceder al terreno determinante del proceso productivo de las significaciones sociales, sin hacer estallar las condiciones en las que se inscribe.

Mientras tanto, un enemigo persigue al contenidismo. Se trata de un enemigo invencible, porque no se consigue "ponerlo afuera" con ninguna regla política precisa: el contenidismo lo incuba en su interior. Se trata del esteticismo. Su falta de inocencia y su determinación política son claras: la línea esteticista siempre resulta el bastión de la reacción liberal ante el avance del contenidismo popular. Del esteticismo hay una versión de extrema derecha, que

abarca desde la lucha por la preservación lexical del idioma, hasta la añoranza de un mundo de signos en el que para cada lenguaje podía postularse un territorio propio e inalienable. En su matriz más liberal, valorizará lo "nuevo", el rasgo distintivo, la conformación original, la vanguardia. En el límite, la versión liberal del esteticismo, encerrada en grupúsculos elitistas, podrá llegar a prescindir del "culto del autor" y sumergirse en descripciones esportneistas y "camp". Sea como fuere, es el plano de la lucha política el decisivo: la reacción liberal concentrará su ataque en la denuncia de cómo productos culturales de valor estético "indiscutible", monumentos de la cultura "cultas", son reemplazados por otros de "bajo gusto". No debe extrañar que por lo general, de manera lenta pero segura, las cosas vuelvan a su cauce. El contenidismo popular carece de criterios para planificar e instrumentar la producción de cultura, y esta es una condición del reduccionismo en que está alojado. Sólo puede programar su reproducción. Termina así de la mano de su enemigo. Porque cuando un contenido de manifiesto sentido político reemplaza a otro, se revela la incompatibilidad entre ambos contenidos. Aun en el plano del consumo, en este caso no todo es consumible. Pero cuando se trata de productos culturales que la sociedad burguesa ha definido explícitamente como "artísticos" y los ha consagrado, sea cual fuere su género o estilo, como de alto nivel, cualquier combinación de ellos es consumible. Lo que no se selecciona, no por eso queda invalidado. A esta altura del proceso, el contenidismo popular va retrocediendo a lo puramente cuantitativo: tanto por ciento de cultura nacional, tanto por ciento de extranjera. La arbitrariedad de estas relaciones aritméticas sólo puede desaparecer cambiando de nivel, vale decir, trasladándose el terreno del control y organización de algunas de las condiciones de reproducción de los objetos culturales: protección del autor, intérprete, actor, etcétera, nacional. De un ambicioso programa de control y planificación del producto se ha derivado a la satisfacción de algunas reivindicaciones gremiales.

Esta mínima descripción del carácter complementario de los dos principales reduccionismos que operan en la lucha política en torno de los productos culturales, debe completarse con la mención de otros reduccionismos que les son correlativos. Ante todo el tecnologismo. El progreso técnico o bien la liberación de las potencialidades que éste encierra, han sido motivo de argumentaciones que, en forma explícita o implícita, toman partido por lo que suele llamarse la izquierda o la derecha. Para el tecnologismo los contenidos no importan: es la revolución electrónica la que está operando los cambios más profundos en la cultura. Hay un tecnologismo de izquierda, fascinado por la socialización que esos adelantos técnicos podrían producir. No se trata, por cierto, de una ideología tercermundista. Para nuestros pueblos en lucha por la liberación, la base política del tecnologismo es perfectamente clara: el imperialismo. Pero ¿qué oponer? ¿Qué hacer? No hay salida dentro del marco de este reduccionismo, como lo prueba el carácter anárquico

de todo antitecnologismo. Es que la base política imperialista es tecnologismo es doble. Una cosa es la importación del objeto técnico. Esta es una penetración económica. Otra más sutil reside en el hecho de que, junto con el objeto técnico, penetran las reglas de su uso: reglas sociales, no técnicas, ya determinadas en los países centrales. Esta es una penetración cultural. No sólo hemos recibido el televisor como objeto, sino también la convicción arbitraria de que (1) debe ser un medio masivo de comunicación; (2) debe ser el soporte de la transmisión de información, publicidad y esparcimiento. No sólo recibiremos el video-cassette, sino además la convicción arbitraria de que (1) no entrará en circuitos masivos de comunicación; (2) deberá ser el soporte de la transmisión del anecdótico familiar, para los sectores sociales que puedan poseerlo. El reconocimiento de estas reglas, su destrucción y sustitución por otras, no puede ya hacerse en el marco de ningún reduccionismo.

Sin embargo, la reacción contra el tecnologismo se intenta deslizando otra vez a un área parcial: de ello resulta el economicismo. Alimentado en un problema real, se vuelve censurable por su frecuente, fácil parcialidad. Es evidente que los procesos de movilización popular en los países del Tercer Mundo pueden llegar a poner en cuestión las formas de propiedad existentes, y los "medios", desde este punto de vista, no son más que un eslabón en la cadena de la dependencia. Pero firme en su nivel de determinación clave, el economicismo tiende a posponer toda política cultural hasta (al menos) la nacionalización de todos o gran parte de los medios. Al llegar a este punto se ha cerrado el círculo: se sabe que esa nacionalización (económica) no basta para revolucionar los contenidos de una cultura, y por lo tanto hay que formular alguna proposición en este nivel. Para ello está el contenidismo. Y así siguiendo.

De esta esquemática descripción es necesario extraer, a nuestro juicio, varias conclusiones importantes. En primer lugar, no se trata de reemplazar los procesos político-culturales reales por una actitud teorizante. Se trata de poder comprenderlos como pasos tácticos. Se trata de poder producir el proceso crítico que asegure su profundización. Todo momento táctico es reduccionista, y los distintos pasos tácticos son mutuamente contradictorios. Pero no son necesariamente antagonicos desde una estrategia. En segundo lugar, hay que señalar que precisamente no existe una estrategia específica vinculada a la llamada comunicación de masas, tal vez ni siquiera con respecto a la "cultura" en general. En este terreno no hay siquiera utopías políticas. Una estrategia precisa deberá formar parte de la estrategia política general socialista, bajo las condiciones particulares en que se desenvuelven los países dependientes. En tercer lugar, resulta de capital importancia advertir que esa estrategia específica deberá producir un desarrollo teórico particular. Tal desarrollo teórico no es una condición

modo de producción capitalista en su instancia económica. No le habrá en el área de la cultura sin una teoría del modo de producción de las significaciones.

Lenguajes se propone estimular la producción de esa teoría, bajo las condiciones antes señaladas y, en lo posible, de acuerdo con las siguientes premisas: (1) rigor teórico; es necesario asegurar las condiciones de una efectiva producción de conocimientos; (2) reconocimiento de que los conocimientos que se puedan producir resultarán siempre, en virtud de las determinaciones del sistema capitalista, comprometidos y obstaculizados, fragmentados y envueltos en la corteza ideológica reduccionista; (3) necesidad, por lo tanto, de una tarea crítica político-ideológica que asegure el cumplimiento del punto (1); (4) reconocimiento de la especificidad histórica de los países del Tercer Mundo en su combate por la liberación, especificidad que puede hacer posible, con el avance de las luchas populares, la emergencia de nuevas formas de cultura.

El Comité Editorial